

MARIA Y ESPAÑA¹



Señores:

¡Quién tuviera la meliflua y arrebatadora elocuencia de San Bernardo, para cantar las excelencias de la Madre de Dios y el singular patrocinio con que ha favorecido siempre á los hijos de España!

María, la más privilegiada de las criaturas, en quien se reunieron, elevadas al más alto grado de perfección, las virtudes maravillosas de la mujer fuerte del libro divino de los Proverbios, y de la amante esposa del Cantar de los Cantares; María, consuelo y refugio dulcísimo para el que sufre, fuente de refrigerantes aguas para el corazón aridificado y seco por las borrascas del mundo, Madre de misericordia para el pecador arrepentido, escudo y amparo vigoroso para el guerrero, manantial inagotable de inspiración para el artista, fortaleza para el medroso, Virgen vestida del sol, calzada por la luna, coronada de estrellas para el poeta, es, para los nacidos en España, todo esto y algo más: es abogada especialísima y particular protectora, á quien invocan desde que nacen y (permitidme que os lo diga con atrevida expresión) en cierto modo aún antes de nacer; porque si es verdad que al venir á la vida heredamos de nuestros padres, con la sangre, la más pura esencia de su espíritu, esa esencia, que hoy forma parte integrante de nuestro ser, es la misma esencia que, hace siete siglos, animaba á los indomables

(1) Discurso leído en el Centro Católico de San Sebastián en su velada del 17 de Diciembre de 1893.

varones que vencieron al Miramamolin en los campos por siempre memorables de las Navas de Tolosa, en aquel glorioso día, 16 de Julio de 1212, festividad de Nuestra Señora del Carmen, pocos años antes de que Gonzalo Berceo soltase los andadores de la lengua castellana para escribir los Milagros de Nuestra Señora, y dejar trazarlo el sendero por donde no mucho después había de llegar D. Alfonso el Sabio á levantar en sus Cantigas de Santa María, compuestas en romance galáico, un monumento inmortal, que fuese por los siglos de los siglos prueba fehaciente y solemne de la devoción ardiente y acendrada que el pueblo español, desde que es tal pueblo, ha profesado siempre á la inmaculada Madre del Verbo; esa es la esencia que animaba á Cristobal Colón cuando en la nao Santa María se dirigía á través de ignotos marcs, afrontando peligros que ponen pavor en el ánimo que los considera y los recuerda, en busca de un Mundo Nuevo que agregar á la Iglesia de Cristo y á los dominios de España; esa es la esencia que animaba á nuestros invictos tercios de Flandes cuando, con la espada en la boca y el agua á la cinta, luchaban en las marismas báltavas contra los herejes protestantes que pretendían arrebatár á la Madre de Dios el culto de sus fieles hijos, y ciegos de furor iconoclasta, derribaban de los altares sus imágenes venerandas; esa es la esencia que animaba al gallardo joven de Austria cuando, bajo la protección de Nuestra Señora de las Victorias, hundió en las ensangrentadas aguas del golfo de Lepanto la soberbia y el poderío del Turco, y mató definitivamente sus esperanzas á la conquista de Europa; esa es la esencia que animaba al inmortal discípulo de Velázquez, cuando en extáticos momentos de inspiracion vió como un trasunto de la gloria, y supo trasladarlo á esos lienzos maravillosos que hoy conocemos con el nombre de Concepciones de Murillo; esa es la esencia que animaba á Martínez Montañés, cuando, con el árbol destrozado y seco, labraba inimitables efigies de la Virgen María, en que la madera cobra vida, y hasta esparce destellos de luz sobrenatural; esa es la esencia que animaba á aquellos inspirados é incógnitos artífices que pusieron bajo la advocación de la Reina de los Angeles esas inmensas catedrales góticas, en que la piedra llega casi á espiritualizarse, y con ser tan grave y tan

material y tan poco maleable, se convierte en instrumento adecuado para expresar las más inefables y misteriosas y vagas aspiraciones del alma humana; esa es, en suma, la esencia que animaba á nuestros guerreros y á nuestros poetas, á nuestros artistas y á nuestros hombres de letras, y á nuestros conquistadores sublimes; porque allí donde se ha desplegado la bandera roja y gualda que simboliza nuestros amores, allí se ha alzado, coronándola, y bendiciéndola, y abrazándose á ella indisolublemente, la Redentora Cruz, y allí se ha colocado una bendita efigie de la Virgen Santísima.

España ha sido, es y será siempre la nación de los devotos de María. Lo proclaman con voz elocuente Aranzazu y Begoña, Iciar y Estibaliz, la Bien Aparecida cerca de Limpías en la provincia de Santander, y Uxué, que guarda el corazón de Carlos el Malo, en Navarra; Covadonga, cuna de la España cristiana de la Reconquista, salvada de la invasión de los hijos del Islam por el esfuerzo de los astures dirigidos por Pelayo; y Monserrat, que extiende su sombra protectora sobre las naves catalanas que en los tiempos medios se hacen dueñas y señoras del Mediterráneo, hasta el punto de que, según la enérgica expresión de Roger de Lauria, ni los peces se mueven en sus aguas sin llevar impreso en sus escamas el escudo de Aragón con las barras ensangrentadas; la Virgen de los Desamparados en Valencia, la ciudad de las flores y la de Guadalupe en Extremadura; Atocha y la Almudena en Madrid; y sobre todo, el Santo Pilar de Zaragoza, que no solo ha sido siempre asilo seguro y relicario sagrado de nuestra fe, sino baluarte inexpugnable de la libertad é independencia de la patria española.

Borrad las tradiciones marianas que nos ennoblecen y magnifican, y habréis quitado toda significación á la historia de España. Si á pesar de todas nuestras luchas más que civiles, si á pesar de la diferencia de costumbres y de la diversidad de razas y aún de lenguas, hemos sido *unos* en toda la sucesión de los siglos cristianos, no se debe, nó, á ataduras violentas de elementos materiales, sino á esa dulcísima comunión de elementos espirituales que nace de que todos creemos en un Padre, que es Dios, y en una Madre amorosa, que es la Virgen Santísima.

¿De dónde sinó del Cielo, y por la intercesión misericordiosa

de la Madre del Verbo, vino á la Virgen Engracia, la fuerza sobrenatural que necesitaba para afrontar, con heroísmo impropio de las delicadezas y ternuras femeniles, los tormentos inventados por los sayones romanos, hasta el punto de ser ya mártir antes de morir, verse destrozada y viva, y poder contemplar sus propias entrañas, desgarradas por la crueldad de aquellos inhumanos perseguidores de la ley y el nombre de Cristo?

Quien lea los versos inmortales, que, según la frase de Menéndez Pelayo, forjó Prudencio con hierro celtibérico, podrá apreciar hasta qué punto temple y vigoriza para el martirio la fe robusta é inquebrantable, alcanzada del Cielo, merced á la poderosa intervención de la Mediadora excelsa del pueblo cristiano.

¿Cómo, sin ese auxilio sobrehumano de la gracia, pudieran verse los prodigios de Eulalia en la augustea Ciudad de Mérida, y de otra Eulalia en Barcelona, de Victoria en Córdoba, de Justa y Rufina en Sevilla, de Sabina y Cristeta en Avila y de Leocadia en Toledo todas ellas resistiendo con valor que pudieran envidiar los hombres, los halagos y las amenazas y los tormentos de los delegados de los Césares, y sacrificando gustosas sus vidas por dar prueba de su fe ardorosa y santa en el Hijo de María?

¿Quién más que la Reina de los Angeles dictó á San Ildefonso aquellas admirables páginas en que, defendiendo la Virginitad perpetua de la Madre de Dios, rebatió y redujo á polvo los sofismas de Helvidio, de Joviniano y de los judíos y judaizantes, que eran lepra y cáncer de la sociedad visigótica? Aquellas inspiradas páginas tuvieron una recompensa digna de la Soberana Señora á quien se consagraban. Ella misma bajó de lo alto de los Cielos para regalar una casulla al venerable y bienaventurado Arzobispo, según una piadosa tradición toledana, consignada por el biógrafo del Santo, Cixila, y registrada en libros de tan alto sentido crítico y de tanta substancia y meollo como la monumental España Sagrada.

¿En quién más que en la Virgen Santísima fiaban aquellos muzárabes cordobeses que, encerrados en fétida mazmorra por los sectarios del Islam, y en vísperas de ser coronados con la palma inmarcesible de los mártires, todavía tenían serenidad bastante para ir aspirando el aroma que exhalaban la flores de

la antigua sabiduría, siempre lozana para quien sintió su alma herida por los sosegados y esplendorosos rayos de la belleza intelectual?

¿A quién se encomendó el español Santo Domingo de Guzmán, esplendor de querúbrica luz, según la frase inspiradísima del Dante, cuando fué á acabar y cegar del todo la herejía albigense, y de quién esperó vigor para su corazón y elocuencia persuasiva para sus labios más que de la Virgen María, á quien dedicó esa hermosísima corona de flores del Paraíso, que denominamos *Rosario*?

¿Quién más que María, cuya Concepción sin mancha juraban defender, dió vuelos de águila al entendimiento de aquellos doctores de la Universidad de Salamanca que fueron asombro y admiración del mundo?

Cuando tales grandezas se meditan, no se puede menos de sentir cierto noble y santo orgullo de haber nacido en el suelo español, bendecido por esas gloriosas tradiciones.

No importa que alguna vez vengan sobre nuestra patria días que semejan crepúsculos vespertinos, y tristezas que se parecen á las que siente el alma cuando contempla la caída silenciosa de las hojas, desprendidas de los árboles en los últimos días del otoño; porque á esos crepúsculos vespertinos y á esas tristezas otoñales habrán de suceder en breve los triunfantes fuegos de la mañana, y las pompas y flores y encantos y armonías de la primavera riente.

Mientras España sea la nación amantísima de María—y lo será mientras lo quiera la mujer española—España será grande. Pueblo que tiene ideales altos y generosos, y que no pierde su personalidad, que no pierde su alma, ese no muere jamás.

Y España no morirá. La defenderá desde el Cielo su protectora y patrona la Virgen Santísima, á quien tantas veces ha invocado llamándola pura y limpia de toda mancha, ya en la cátedra sagrada al comienzo de los discursos con que el predicador evangélico, iba á adoctrinar al pueblo en la fe de Cristo, ya en las grandes asambleas populares, ya también en el recinto del hogar doméstico, santificado, en cierto modo, por el nombre de María, que llenaba el ambiente y era pronunciado á cada momento con inequívoca y amorosa veneración.

Y el medio humano de que se valdrá la Reina de Cielos y tierra para defendernos será—¿porqué no decirlo?—la mujer española, fiel guardadora de nuestras más puras tradiciones y de nuestras glorias más excelsas, devotísima de María, y acostumbrada á enseñar á sus hijos á balbucir antes que todo los sagrados nombres de Jesús y de su Madre.

La mujer española sabe que si algo tiene de grande, se lo debe al Cristianismo; y no dejará nunca de ser cristiana, ni de inspirarse en las tradiciones de nuestra raza, que ha merecido ser llamada la devota por excelencia de María.

Aurea cadena, señores, la que enlaza nuestras grandezas históricas con el recuerdo celestial de María, protectora de todas nuestras empresas, de aquellas magnas empresas que no tienen igual en el mundo, y no pudieron ser premiadas sino con la posesión de un inmenso Contiente, que surgió del seno del Océano, hermoso y cubierto de flores, como único galardón y recompensa propia de la fe heroica del pueblo español.

Tales grandezas abruman; pero entusiasman al propio tiempo, y hacen exclamar con un autor que no envejece nunca: moriré en mi nido, que es nido de héroes, de mártires, de abnegados siervos de Jesús, de amantísimos hijos de María.

La Virgen sin mancha seguirá protegiendo y vigorizando nuestro brazo é iluminando nuestra inteligencia, si sabemos ser fieles hijos de tal Madre. Ella, que tiene un trono en cada una de las montañas que coronan la Nación española, no negará jamás su misericordiosa intercesión á quien se la pida con amor de hijo, y se la pida en nombre de nuestros padres que la amarán, y de nuestros hijos que la amarán.

Mientras haya cabezas que se descubran y corazones que se levanten al Cielo cuando, á la puesta del sol, se extienden por la campiña, tenuemente iluminada por la claridad crepuscular, los tañidos de la campana del *Angelus* que, prolongados por los ecos, tienen algo que de lejos semeja así como voz de lo alto que llama á los hombres, no desconfieis del porvenir de España. La fe hace grandes á los pueblos; la justicia eleva á las gentes: sólo la iniquidad y la perversión pudieron ser causa de la ruina de las naciones.

Y esa iniquidad, esa perversión, ese desamor á María no pe-

netrará en el pueblo español, mientras haya madres que eduquen á sus hijos con arreglo á las piadosas é indestructibles tradiciones de nuestra raza y de nuestra nación.

Y si la mujer española ha de ser, por fuerza, devotísima de María, ¿cómo no ha de serlo la mujer de Guipúzcoa? Guipúzcoa, huerto cerrado á toda innovación intrínsecamente mala ó peligrosa, campo abierto á cualquier idea salvadora y grande, no contenta con exigir á sus Procuradores junteros el juramento de defender por siempre el misterio de la Inmaculada Concepción de María, abrió en su lengua milenaria un portillo por donde pudiese penetrar libremente en los valles guipuzcoanos, y llegar hasta el último caserío oculto en lo más abrupto de estas montañas, esa hermosísima y consoladora salutación social, que es la fórmula más cabal y más exacta del amor ardiente con que el pueblo español aclamó siempre á la Madre de Dios pura y sin mancha desde el primer instante de su Concepción dichosa: *Ave María purísima: sin pecado concebida.*— HE DICHO.

CARMELO DE ECHEGARAY

LA SOPA DE LOS POBRES

Las bondadosas y caritativas damas que dirigen el Asilo del sagrado Corazón de Jesús, á cuya fundación va unido el nombre de aquella santa, que pasó por el mundo llevando el nombre de Ernestina Manuel de Villena, han reanudado su piadosa práctica de otros inviernos, distribuyendo sopa y pan á los pobres en estos días de penetrantes frios y cruelísimas heladas.

El sábado comenzó la distribución bendiciendo los comedores de la Caridad el Nuncio que representa al Santo Padre en España, y las señoras de la junta, cubiertas los elegantes trajes con amplios delanteros, se convirtieron en servidoras cariñosas y diligentes de los necesitados.